



FACULTAD DE TEOLOGÍA
SAN VICENTE FERRER

ANNALES VALENTINOS

REVISTA DE FILOSOFÍA Y TEOLOGÍA
Nueva Serie 2020 Año VII/Núm. 14

ÍNDICE

Alfonso Esponera Cerdán La noosfera teilhardiana, el antropoceno contemporáneo y la casa común según el Papa Francisco	329
Ángel Peris Suay Vulnerabilidad y solicitud	347
Antonio Mestre Sanchis El lento proceso de beatificación de S. Juan de Ribera en el s. XVIII	363
José Seguí Cantos La vitalidad de la Archidiócesis Valentina entre Santo Tomás de Villanueva y San Juan de Ribera: moriscos, cristianos viejos y fundaciones religiosas	379
Xavier Serra Estellés <i>Factum propositum per dominum egidium.</i> La narración de Gil Sánchez Muñoz y Liñán sobre el cónclave de la Semana de Dolores de 1378 en los Libri de Schismate del Archivo Apostólico Vaticano	419
Antonio Andrés Ferrandis Catálogo de los Cantorales conservados en la Iglesia Nacional Española de Roma	451
Beatriz Martínez-Weber Aportaciones a la historia del arte: cláusulas testamentarias desde 1304 y la visita pastoral a la parroquia de San Salvador de Valencia en 1668	511
Sandra Brisa Torres Restauración de patrimonio documental perteneciente a la iglesia parroquial del Salvador y al monasterio de la Virgen del Milagro	557
Alfonso Esponera Cerdán Crónica del XVIII Simposio de Teología Histórica (Valencia, 4-6 de marzo de 2019)	571
Memoria Académica del Curso 2019-2020	575
Recensiones	589
Publicaciones recibidas	607

RECENSIONES

TEOLOGÍA

BAYER, O, *La Teología de Martín Lutero*, Sígueme, Salamanca 2020, 411 p.

El profesor Oswaldo Bayer, uno de los profesores universitarios que mejor conoce la Teología de Martín Lutero, ha publicado recientemente en ediciones Sígueme de Salamanca, un completo y sistemático tratado acerca de la teología del famoso reformador alemán, bajo el arriesgado título de *Teología de Martín Lutero*.

Es verdaderamente sorprendente, que un hombre de la talla intelectual del investigador alemán haya decidido publicar este trabajo, pero, a la vez, no deja de ser aleccionador el reconocimiento de nuestro investigador acerca de los límites de la teología que el propio Lutero admitió toda su vida.

En primer lugar, reconoce nuestro profesor que el agustino Martín Lutero se preparó para ser profesor de Teología bíblica y como tal pudo realizar una de las más importantes ediciones de la Sagrada Biblia en alemán, pues no solo era un hombre muy culto y versado y buen conocedor tanto de las lenguas escriturísticas, como del moderno alemán (p. 9-10).

Efectivamente, a lo largo de los siglos siempre se ha valorado muchos de los comentarios a la Escritura del Lector Martín Lutero un hombre de gran piedad y de temperamento febril y pronto a la expresión bella, adecuada y lacerante.

Es asimismo conocido, no solo por las críticas de Lutero sino por la mayoría de la Iglesia de la necesidad urgente de una reforma de la Iglesia del siglo XVI, de las costumbres y por tanto que pudiera llegar al pueblo cristiano parte importante del cual era analfabeto y vivía inmerso en supersticiones y compraventas de reliquias y otras ignorancias pues estaba extendida ampliamente la falta de formación.

De hecho, Lutero pasará a la historia como uno de los grandes divulgadores de la doctrina cristiana, con catecismos de todos los tamaños, pasquines y dibujos, muchos denigratorios contra el papa y los obispos, pero otros que muestran modernidad en los métodos catequistas con el pueblo rudo.

Asimismo, reconoce desde las primeras líneas el profesor Oswaldo Bayer que la teología es cambiante en Lutero, muchas veces entre tratados e incluso dentro del mismo, pues en realidad más que desear una exposición clara y serena de la fe cristiana lo que siempre buscó fue la fe que causa la salvación, la gracia como don inmerecido. La justificación por la fe (p. 303).

En ese sentido Benedito XVI ha pedido muchas veces a teólogos luteranos que regresaran hacia atrás para cotejar la teología positiva de Lutero con la de santo Tomás y no con la teología nominalista que Lutero manejaba, pues había sido formado en el nominalismo. De hecho, al leer directamente a santo Tomás podrían recuperar la confianza en la libertad y en la razón, que en Lutero están denostadas, puesto que han sido ambas creadas y redimidas por Jesucristo. De ese modo es como ha subrayado Francisco, podremos trabajar juntos por la caridad y llegaremos a un ecumenismo real: el encuentro con Jesucristo.

José Carlos Martín de la Hoz

SARANYANA, J.-I., *Historia de la teología cristiana (750-2000)*, Eunsa, Pamplona 2020, 992 p.

El profesor Ordinario Emérito de Historia de la Iglesia de la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra, Josep-Ignasi Saranyana, acaba de publicar una de esas obras extensas, sólidas, miliares, destinadas a estar años en las estanterías y en las bibliotecas de consulta reales y virtuales de los profesores y estudiantes de la historia tanto de la Iglesia, como de la teología, como de las ideas, pues este manual de historia de la Teología ha terminado por convertirse en una historia extensa y sintética, a la vez, y una obra de arte y de consulta.

El hilo conductor de esta historia que comienza en el año 750 y termina en el 2000 es sencillamente la historia de la teología cristiana, es decir la estrecha relación entre la fe y razón, es decir la bella y armoniosa combinación del hecho revelado contenido en la Sagrada Escritura, la Tradición y depositado en el Magisterio de la Iglesia, que ha sido custodiado, conservado, transmitido y profundizado por la Iglesia y por los teólogos a lo largo de la historia hasta la actualidad. En definitiva, se vislumbra la acción del Espíritu Santo y el esfuerzo especulativo humano.

Como todos los manuales, éste también procede de las clases, investigación, lecturas y reflexiones del autor durante toda una vida docente en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra y en tantas cátedras del mundo entero hasta terminar en la del Pontificio Comité de las Ciencias Históricas del Vaticano.

También, puede leerse sencillamente, como hemos hecho nosotros, para espigar e indagar en aquellos autores que conocemos más, para sencillamente cotejar la visión del maestro con la del alumno, después de tantos años de

haber coincidido en el departamento de Historia de la Iglesia de la Universidad de Navarra.

En la introducción de este magnífico manual, el profesor Saranyana regresa en sus recuerdos, a la Tesis doctoral que defendió brillantemente en la Facultad de Teología de la Universidad de Navarra en 1972 y que versó sobre la Teología de la Historia en san Buenaventura, y de la que fue publicada prontamente un extracto bajo el título *Tiempo y eternidad*.

Precisamente, ese es el gran objetivo del manual: enmarcar en cada etapa de la historia las relaciones fe y razón en el alma del teólogo que desea expresar el resultado de sus investigaciones y ponerlo a disposición del pueblo cristiano. Siempre armonía, deseo de penetrar en los misterios de Dios, pues lo que mejor se conoce, más se ama.

Es muy interesante que, a continuación, en la introducción, nuestro autor plantee al lector las preguntas que, a su vez, se formulaba Ratzinger en su tesis de habilitación, también, sobre la teología de la historia según san Buenaventura: “¿Cómo puede ocurrir históricamente lo que ya ha ocurrido? ¿Cómo puede tener un significado universal lo que es único e irrepetible? [...] ¿Cómo se conjuga la historia humana con la eternidad de Dios?” (p. 29). Así pues, estamos hablando de un manual de historia de la teología que ha logrado el orden y claridad habituales de un manual, pero con la necesaria carga de profundidad teológica y especulativa para abordar los problemas de cada época.

José Carlos Martín de la Hoz

PASTORAL

WOJTYLA, K., *Trece catequesis inéditas sobre el discurso de Pablo en el Areópago*, Biblioteca de Autores Cristianos, (BAC Popular 246), Madrid 2020, 162 p.

El volumen reproduce el texto, hasta ahora inédito, de las trece catequesis que elaborara el entonces arzobispo Karol Wojtyła en torno a la esencia del cristianismo. Para desarrollar este significativo argumento, el autor comenta con envidia el discurso de san Pablo en el Areópago (cf. Hch 17,16-34). Estas palabras del apóstol en Atenas fueron objeto asiduo de meditación y estudio por parte del que fuera arzobispo de Cracovia. Tenemos constancia de que le resultaban tremendamente inspiradoras y elocuentes, de modo que volvió a ellas cuando se convirtió en Sumo Pontífice, citándolas a menudo.

Esta obra fue publicada inicialmente en 2018, año en el que gozosamente se celebró el XL aniversario de la elección del cardenal de Cracovia a la Cátedra

de san Pedro en Roma con el nombre de Juan Pablo II. La traducción del polaco al castellano ha sido realizada por José David Albeza Asencio.

De Marta Burghardt aprendemos, en la preciosa introducción al libro (cf. p. 11-17), que estas catequesis fueron escritas a mano por Mons. Wojtyla, con cuidada caligrafía, en 39 hojas de dimensiones 28 x 22 cm., por las dos caras y con tinta negra.

El texto refleja la potencia creadora de aquel joven arzobispo, sus lúcidas intuiciones, su esfuerzo por comunicar de la mejor forma posible, intentando siempre descubrir la expresión más esmerada, de lo cual dan testimonio las tachaduras. Todas las páginas manuscritas incluyen la numeración del autor del 1 al 78. En el ángulo superior izquierdo de cada hoja, Wojtyla puso las siglas ignacianas AMDG (*Ad Maiorem Dei Gloriam*), o bien J ✠ M (Jesús y María), o también el monograma, compuesto por las letras griegas ji y ro (χ y ρ), que designan a Jesucristo (gr. Χριστός). En el ángulo superior derecho de cada página encontramos versículos en latín de san Luis María Grignon de Montfort (*Totus tuus ego sum et omnia mea Tua sunt. Accipio Te in mea omnia. Praebe mihi cor Tuum, Maria*). En otras páginas hay también versículos en latín correspondientes a estrofas del himno *Victimae Paschali*, proclamado el Domingo de Resurrección y durante toda la octava de Pascua; de la secuencia *Veni, Sancte Spiritus*, que se recita el Domingo de Pentecostés; así como del himno eucarístico *Adoro te devote, latens Deitas*.

La presente versión española de las catequesis es fiel al mencionado manuscrito de Mons. Wojtyla, pero también al mismo texto que posteriormente fue mecanografiado por otra persona, cuyo nombre desconocemos. Existen algunas diferencias entre lo escrito a mano y a máquina. Por ejemplo, en las 72 páginas mecanografiadas no aparecen en la parte superior las citas de las oraciones y de los himnos; en cambio, muchas citas bíblicas han sido completadas, ya que originalmente el arzobispo las reproducía de memoria, faltando frecuentemente el número del versículo en el manuscrito, o bien han sido corregidas cuando no coincidían con la traducción oficial de la Sagrada Biblia en polaco.

Las catequesis de Wojtyla se han enriquecido en este volumen con una estupenda guía de lectura, primorosamente elaborada por el profesor de la Facultad de Teología San Dámaso de Madrid, Gabriel Richi Alberti. Inexplicablemente ha sido colocada al final del libro. Hubiera sido mejor ponerla al principio, justamente como orientadora de la lectura. Muy útil hubiera sido igualmente que el volumen hubiera contado con un índice de citas bíblicas y magisteriales.

En cuanto a la extensión y modalidad de las catequesis, tal y como apunta Richi, no es disparatado pensar que el arzobispo preparara este ciclo para ser grabado y divulgado por Radio Vaticana, emisora que contaba con un programa en polaco desde antes de la Segunda Guerra Mundial, y con la que el prelado colaboraba. No lo sabemos con certeza. Se trata de una mera corazonada, ya que

no hay rastro de una iniciativa semejante en los archivos de dicha emisora (cf. p. 145).

En cuanto a la época en que estas catequesis fueron redactadas, tampoco tenemos seguridad alguna. Por los textos conciliares usados por el autor y alguna otra suposición, las catequesis pudieron ver la luz en Roma, quizás en los diez días que transcurrieron desde el final del Concilio (7 de diciembre) hasta la vuelta del arzobispo a su sede, el día 18 de diciembre de 1965. Pero otra hipótesis viable sería situar la redacción de las catequesis en Cracovia, probablemente a lo largo del 1966. El uso del *Victimae Paschalis* y otros himnos latinos presentes en el manuscrito pueden sugerir que fueron elaboradas en el período comprendido entre la Pascua y la fiesta del Corpus de ese año. No obstante, todo son conjeturas y no es posible precisar concretamente la fecha de composición. En cualquier caso, nos hallamos ante un ciclo de catequesis que podemos designar como hondamente conciliar y vinculado al cuarto período del Vaticano II. Las referencias de Mons. Wojtyła a la Constitución *Gaudium et spes* y a la declaración del Vaticano II sobre las religiones no cristianas lo indican de manera clara. Además, la historia de este cuarto período nos ofrece un hecho significativo que facilita entender el porqué de la elección del discurso de san Pablo en el Areópago como eje vertebrador del ciclo de catequesis. Se trata de la visita de san Pablo VI al Palacio de Cristal de la ONU y al celeberrimo discurso pronunciado en Nueva York por Montini el 4 de octubre de 1965. En esa solemne circunstancia, el Papa mencionaba el discurso paulino como emblema del anuncio del Evangelio y clave hermenéutica del Concilio. Puede que estas referencias se quedaran indeleblemente grabadas en el alma del entonces arzobispo de Cracovia y luego le sirvieran para desarrollar su propio pensamiento (cf. p. 148).

En cuanto a los argumentos tratados en estas trece catequesis por el joven prelado, y que después aparecerán en su magisterio como Romano Pontífice, el primero es la consideración del sentido religioso como lo más característico de la experiencia humana. Planteada la pregunta religiosa en las dos primeras catequesis, Mons. Wojtyła describe en las dos siguientes al interlocutor del anuncio del Evangelio: el hombre, identificando en la unidad de razón y libertad el meollo más relevante de lo humano. De la quinta a la octava, el arzobispo centra su atención en la consideración del misterio de Cristo, redentor del hombre, según la amplitud propia de lo que podemos llamar el cristocentrismo wojtyliano. Las catequesis novena y décima versan sobre la presencia del misterio de la redención a lo largo de la historia y que constituye el objeto propio de la obra del Espíritu, obra que se lleva a cabo eucarísticamente. Las tres últimas catequesis están dedicadas al testimonio, al amor y a la oración. El prelado habla de estas cuestiones con diestra agudeza y, en lo que se refiere a la plegaria, con un toque de sincera experiencia personal (cf. p. 148-162).

En definitiva, y como afirma el cardenal Stanislaw Dziwisz en la presentación de este instructivo libro (cf. p. 9-10), sus páginas buscan ayudar a los

lectores a acercarse al misterio de aquel Dios que el apóstol de los gentiles predicó entre los griegos y que san Juan Pablo II –siguiendo sus huellas– llevó a casi todos los rincones del orbe. Sirven igualmente para adentrarse en las inquietudes y sentimientos de su autor, cuya hondura espiritual y celo misionero son de todos conocidos. La lectura de esta monografía, en efecto, permite descubrir el arrojo evangelizador de Wojtyła, su fe inquebrantable, su viva esperanza y el dinamismo de su caridad (cf. Gál 5,6). Esta obra, asimismo, da testimonio de cuánto le interesaba al futuro Papa que el hombre contemporáneo conociera, encontrara y amara a Dios. Ese fue el cimiento en el que fundamentó su vida y su entrega pastoral. No tuvo otro anhelo que ponerse al servicio de la edificación del Reino de Dios. A ello consagró toda su vida. Y las reflexiones contenidas en estos textos catequéticos desean infundir en sus lectores precisamente ese anhelo, tan humilde y al mismo tiempo tan tenaz. Mons. Wojtyła no ambicionaba otra cosa que no fuera predicar a Cristo y su Evangelio. Ese fue el ideal de su existencia y la brújula que la orientó. Sus denuedos espirituales y eclesiales no tuvieron otra meta que no fuera encender en las almas ese fuego que Cristo vino “a arrojar a la tierra” (cf. Lc 12,49).

Fernando Chica Arellano

ECLESIOLOGÍA

LA SOUJEOLE, B.-D. DE, *Introducción al misterio de la Iglesia*, (*Subsidia Theologica* 11), BAC, Madrid 2020, 557 p.

La prestigiosa editorial BAC ha ampliado su nutrido catálogo con un valioso instrumento para quienes enseñan eclesiológia y también para cuantos desean formarse concienzudamente en este importante campo de la doctrina cristiana.

Esta obra ha sido redactada, con precisión y clarividencia, por un buen conocedor de la materia. Me refiero al dominico francés Benoît-Dominique de la Soujeole, que imparte esta especialidad en la Facultad de Teología de la Universidad de Friburgo (Suiza), siendo también consultor desde 2010 de la Congregación para la Educación Católica.

Este volumen se propone fundamentalmente ofrecer a los lectores una articulada síntesis eclesiológica, situando con esmero cada aspecto en el conjunto las diversas cuestiones tratadas y vinculándolas todas ellas de manera sugestiva y armoniosa para introducir paulatinamente en el conocimiento propiamente teológico de la realidad particular y compleja que denominamos “Iglesia”. Son páginas que muestran sin ambages la firme ligazón que une a Cristo con la Iglesia, argumentando no solo que no se puede alcanzar a Cristo sin pasar por la

predicación y los sacramentos de la Iglesia, sino también y sobre todo que es en la Iglesia donde se llega a Cristo y en Él se permanece, como san Pablo dice más de 160 veces en sus cartas. En este sentido, descartar a la Iglesia con conocimiento de causa es situarse al margen de Cristo, en virtud de la profunda vinculación de estos dos misterios. La intención primordial del volumen, por tanto, es evidenciar la coherencia de los misterios de la salvación. Esto explica que la perspectiva adoptada sea sintética. En lugar de ir lo más lejos posible en la presentación de cada una de las partes, el autor ha preferido iniciar al lector en las conexiones que permiten poner en evidencia la unidad del misterio cristiano. Por consiguiente, los puntos del temario se enfocan de forma equilibrada, sin detenerse prolija o excesivamente en un aspecto determinado, para cuya profundización el libro brinda una acertada y selecta bibliografía, tanto en las notas a pie de página, al inicio del mismo y al final de cada capítulo, con preciosas indicaciones sobre cada obra o autor citado. Esto ayuda mucho a valorar la bibliografía aportada, escrita casi en su totalidad en lengua francesa. En este sentido, se nota el sello y la proveniencia del autor y su gusto por la cultura dominicana, siendo muy citadas las obras de los cardenales Charles Journet e Yves Marie-Joseph Congar.

El esquema seguido en este volumen resalta por su clasicismo y simplicidad. Surge de una distinción en el plano de fondo, la distinción entre ser y obrar, y de otra distinción en el plano del método, la distinción entre la teología de las fuentes y la teología especulativa. Todo esto se explica en la introducción general al volumen, donde además se detalla el lugar de la eclesiología en el seno de la teología dogmática, se precisa el objeto de esta disciplina, incluyendo además una breve historia de la Iglesia y del tratado hasta finales del siglo XX. La captación previa de la arquitectura general de la materia es necesaria para situar las cuestiones particulares en el conjunto que las contiene y que, a su vez, ellas aclaran.

De la Soujeole es consciente de que la Iglesia es una realidad compleja. Conocerla implica, en primer lugar, estudiar su ser. Por esta motivación, la primera parte de esta obra describe la identidad de la Iglesia, haciendo un inventario de los elementos eclesiales constitutivos, ayudados por la enseñanza de la Revelación: la teología de las fuentes. Esta enseñanza puede ser captada por medio de las imágenes bíblicas, de la expresión “Reino de Dios” y, sobre todo, de los temas revelados del Cuerpo de Cristo, el Templo del Espíritu y el Pueblo de Dios. En su conjunto, esta enseñanza hace emerger una gran constante, la sacramentalidad de la Iglesia, esto es, su realidad misteriosa. La noción de *misterio*, rica de contenido, permite vincular entre sí todos los datos reunidos.

Tras la descripción positiva que revela cómo es la Iglesia, sus elementos constitutivos y las relaciones fundamentales entre ellos, esta monografía pasa a una segunda fase: de acuerdo a todo lo que la Revelación nos dice acerca de la Iglesia, ¿qué es en verdad la Iglesia? Apoyado en los puntos identificados en la primera etapa, el dominico francés estudia la definición de la Iglesia, es decir,

uno o muchos conceptos capaces de expresar el conjunto de los elementos que constituyen esta realidad una, que es la Iglesia. Una vez alcanzado este punto, se muestra cuál es el estatuto ontológico de la Iglesia, inquiriendo si cumple la perfección más alta del ser, la de ser una persona. En tercer lugar, el libro desglosa las propiedades del ser eclesial –una, santa, católica y apostólica–, lo que permite al autor precisar muchos puntos que hasta entonces solamente habían sido mencionados. El capítulo final de esta obra se detiene sucintamente en la cuestión de la indefectibilidad de la Iglesia.

En otros análisis eclesiológicos al estudio del ser eclesial sigue normalmente la presentación del quehacer de la Iglesia. Este aspecto, sin embargo, no aparece detallado en este libro, salvo escuetas pinceladas. De la Soujeole ha querido excluir claramente esta perspectiva. No se detiene en la actividad eclesial, pues sabe que las explicaciones sobre la relación entre los dos sacerdocios (el de los fieles y el de los ministros) pertenecen a otro tratado, que normalmente se denomina *teología pastoral*. Tampoco pormenoriza el estudio de las relaciones entre los cristianos separados, el ecumenismo, salvo algunas concisas referencias cuando aborda la unidad de la Iglesia. Ni describe las relaciones entre los fieles de Cristo y los no cristianos. Estas cuestiones pertenecen a otras disciplinas, en donde se polariza la atención en las relaciones entre la Iglesia y la sociedad civil temporal, y en las relaciones entre la Iglesia y las religiones no cristianas. Finalmente, tampoco se centra en aquellos puntos asignados al tratado que aborda el sacramento del Orden, ni en los pertinentes al fin último de la Iglesia, la escatología: la Iglesia entera en la gloria. Este tema es el objeto de un curso separado acerca de los novísimos o fines últimos. La división de la materia es, en definitiva, simple y clara, pues desde el comienzo de sus reflexiones, el autor deja asentado que su objetivo se restringe al estudio del ser de la Iglesia. La exposición de toda la materia descuella por su nitidez, orden y sobriedad. No estamos, pues, ante una alambicada amalgama de conocimientos. De la Soujeole tampoco queda atenazado por tendenciosas modas pasajeras, que recurren a unos tópicos tan manidos que lo único que muestran, tras algún tiempo, es su caducidad e inconsistencia. Por el contrario, este libro pretende formar el espíritu, suministrar al lector la benéfica savia que procede de la firme claridad de los principios, sin olvidar por ello subrayar la flexibilidad que se requiere para saber aplicarlos debidamente. Para lograr este fin el autor utiliza cuando es preciso la ayuda de las disciplinas ancilares de la teología. En primer lugar, la filosofía, pero también la historia y las ciencias humanas, particularmente las sociales. Se trata solamente de suplementos, pero de suplementos provechosos y necesarios.

Es de alto valor, asimismo, la incisividad con la que el autor en estas páginas invita a adquirir y desarrollar el *sensus Ecclesiae*, el hábito de “pensar con la Iglesia”, de considerar a la Iglesia como madre, acrecentando en el bautizado el vínculo sobrenatural y filial que lo convierte en hombre o en mujer de Iglesia, no en un funcionario, o en un esclavo “del aparato”. Lejos de esa orientación, el bautizado ha de ser, ante todo, un custodio fiel y despierto de los tesos-

ros que Dios quiso otorgarle y ofrecer, a través suyo, a todos los hombres. Con estos ingredientes, el autor consigue que el lector vaya adquiriendo unos elementos sustantivos y a la vez preciosos para vivir su fe, valorar auténticamente las novedades con que la misma puede ser enriquecida y juzgar sin vacilación los dilemas que puedan presentársele.

Para lograr este propósito De la Soujeole se ha servido de un método teológico no original, pero sí ciertamente seguro. En este sentido, en sus consideraciones se apoya en la distinción entre la teología provista por las fuentes (Escritura y Tradición de la Escritura) y la teología especulativa. Se trata de la aplicación de la consabida distinción entre el *auditus fidei* y el *intellectus fidei* (cf. Concilio Vaticano II, Decreto *Optatam totius*, n. 16; Juan Pablo II, Carta enc. *Fides et ratio*, n. 65-66). A la luz de estas indicaciones, el contenido de estas páginas es rico y sustancioso en fundamentación bíblica y en atinadas citas de los Padres de la Iglesia de Oriente y de Occidente, exégetas consumados de cada una de las verdades de la Revelación. Tras ellos encontramos las reflexiones de teólogos y acertados expositores posteriores del dogma, entre los que sobresale santo Tomás de Aquino y sus comentadores. A las enseñanzas del Vaticano II se les otorga igualmente una gran importancia, presentando con gran finura todo el luminoso caudal eclesiológico del magisterio conciliar. Asimismo, deseo evidenciar la pericia con la que el autor utiliza los documentos de la Congregación para la Doctrina de la Fe y de la Comisión Teológica Internacional.

Leyendo esta monografía se percibe desde el comienzo que el dominico francés cuenta con una larga experiencia docente, puesta de relieve en la destreza y sabia pedagogía de su exposición. A este respecto, recorriendo estas páginas, se agradecen los diversos cuadros sinópticos; el traer a colación frecuentemente aspectos ya explicados; el uso de un vocabulario riguroso y que no resulta ambiguo ni confuso. Facilita la lectura, asimismo, el pasar gradualmente de lo simple a lo complejo, incluyendo notas históricas para encuadrar debidamente la temática que se está afrontando. De esta manera, se pone de manifiesto la continuidad y el progreso del dogma sin sucumbir a lo que el papa Benedicto XVI denominó la “hermenéutica de la ruptura”.

Otra faceta que hay que destacar en este volumen es que el autor, en la parte especulativa, deja bien claro lo que son afirmaciones esenciales y lo que son simples opiniones teológicas y que no se encuentran en el mismo nivel que lo expuesto en la teología de las fuentes, que proporciona la expresión correcta de la fe de la Iglesia. De este modo, el lector logra diferenciar provechosamente los dos niveles para no otorgar más autoridad de la conveniente a una proposición especulativa ni minimizar la fe involucrada en una determinada afirmación contenida en las fuentes.

Por todas estas cualidades esta obra es realmente encomiable. Contiene reflexiones que avivan el amor a la Iglesia, que se incrementa a medida que se

agranda el conocimiento de su naturaleza y se penetra sin sesgos en el designio de Dios sobre ella.

Estas páginas vierten una benéfica luz sobre el rostro de la Iglesia, deshacen malentendidos y aclaran principios esenciales que no pocas veces han quedado rezagados. Este libro sirve de acicate para acercarse a la Iglesia sin superficialidades, para descubrir el meollo de su conciencia, para desentrañar la riqueza de su ser. Por este motivo es altamente recomendable, sobre todo para la formación permanente del clero, de la vida consagrada y de los agentes de pastoral.

La lectura de este volumen deja en el alma una gran serenidad y, en particular, un agradecimiento sincero a Dios por pertenecer a la familia eclesial. Escudriñar minuciosamente, a través de esta preciosa publicación, el misterio de la Iglesia ha de evocar en nosotros la consideración de que somos sarmientos de una vid fecunda (cf. Jn 15,1ss).

Tomar este libro entre las manos nos lleva a reiterar toda la riquísima doctrina de san Pablo, quien no cesa también hoy de recordarnos: “Vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gál 3,28) y de recomendarnos que crezcamos en Él en todos los sentidos. En Él, que es la Cabeza, en Él, por quien vive todo el cuerpo (cf. Ef 4,15-16). Por ello el apóstol no se cansa de amonestarnos a no olvidar que Cristo ha de estar en todos nosotros y en todas las cosas (cf. Col 3,11). A este respecto, san Agustín viene en nuestro auxilio, exhortándonos: “Alegrémonos y demos gracias, porque hemos sido hechos no solo cristianos, sino Cristo. ¿Entendéis, os dais cuenta, hermanos, del favor que Dios nos ha hecho? Admiraos, gozaos, hemos sido hechos Cristo. Pues si Él es la Cabeza, nosotros somos sus miembros; el hombre total Él y nosotros, la plenitud, pues, de Cristo, la Cabeza y los miembros. ¿Qué es Cabeza y miembros? Cristo y la Iglesia” (*In Ioann. tract. 21, 8: PL 35, 1568*).

Esta vivencia maravillosa es la que aprendemos recorriendo las páginas de esta obra. El conocimiento de la Iglesia no es, pues, una simple cuestión de erudición, ni un mero alarde teológico. Es, más bien, una experiencia jubilosa y sentida, un hecho vivido que nos conduce a pronunciar, con humildad, pero también con convencimiento y entusiasmo, el artículo del Credo que se detiene en la Iglesia, adquiriendo nueva energía y un gozo más intenso para dedicarnos al cumplimiento de la propia misión, para determinar mejor aquellos medios que hagan más vigoroso y benéfico el servicio eclesial a la humanidad, a la cual la Iglesia misma pertenece, aunque se distinga de aquella por caracteres propios e inconfundibles.

Fernando Chica Arellano

HISTORIA

CÁRCEL ORTÍ, V. (ed.), *La II República y la Guerra Civil en el Archivo Secreto Vaticano*, VII: *Documentos del año 1939 (enero-mayo), anexo de documentos de junio de 1938 y apéndices sobre prófugos, presos políticos y condenados a muerte*, BAC, Madrid 2020, XXXVIII + 433 p.

Con este volumen el autor termina una colosal iniciativa que empezó en 2011. Se trata de la publicación, siempre en la prestigiosa editorial Biblioteca de Autores Cristianos, de una cantidad ingente de documentación cuyo valor es incalculable.

La colección está constituida por siete libros que dan a conocer los textos inéditos conservados en los archivos vaticanos sobre la Segunda República y la Guerra Civil Española (1931-1939). Fue posible comenzar en la fecha indicada porque apenas tres años antes el papa Benedicto XVI autorizó la apertura de los archivos a todo el pontificado de Pío XI (1922-1939). Ha sido posible concluirla porque, a partir del 2 de marzo de 2020, se ha podido consultar la documentación del pontificado de Pío XII (elegido a la Cátedra de San Pedro el 2 de marzo de 1939), cuyo primer mes de servicio apostólico coincidió con el último de la contienda bélica española.

En el tomo que nos ocupa el autor ha creído conveniente incluir también algunos documentos de los meses de abril y mayo de 1939, porque son la continuación lógica de asuntos tratados anteriormente. De esta forma, el lector alcanza a comprender en su globalidad el sentido de los argumentos contenidos en documentos reproducidos en precedentes volúmenes de esta serie editorial.

El primer documento recogido en este tomo es una nota autógrafa del Nuncio Apostólico en España, Mons. Cicognani, sin fecha precisa, pero probablemente de principios de enero de 1939, que encierra gran interés porque sintetiza el estado de las relaciones de la Santa Sede con la España Nacional, así como la necesidad y oportunidad de un Concordato y la concesión de privilegios (doc. 2890). Temas, todos ellos, que serán progresivamente abordados a lo largo de la extensa misión del citado nuncio –que duró tres lustros, desde junio de 1938 hasta octubre de 1953– y pudo concluirse con la recepción del capelo cardinalicio, en enero de este último año, y la firma en el Vaticano, el 27 de agosto, del Concordato que reguló las relaciones Iglesia-Estado hasta los acuerdos parciales de los años 1976-1979, que hoy siguen en vigor.

Entre los temas ampliamente ilustrados en la presente monografía destaca el Convenio cultural Hispano-Alemán, firmado en 1939, que no llegó a ser ratificado debido a las presiones del papa Pío XI ante el Jefe del Estado, por los peligros que encerraban las infiltraciones del nazismo en España. Este grave

episodio es muy importante para entender las dificultades del comienzo de las relaciones entre el Vaticano y la España de Franco, ya que la Santa Sede le acusaba de sintonía cultural con Hitler, que era más peligrosa que la táctico-militar, cosa que preocupaba al Papa por las consecuencias que podría tener para la formación de la juventud en las escuelas y universidades hispanas.

El asunto quedó explicado en la respuesta que Franco dio al arzobispo de Toledo, cardenal Isidro Gomá, el 15 de marzo: “He leído con toda atención la Exposición que me dirige con fecha 9 de febrero, relativa al tratado cultural Hispano-Alemán, y mucho le agradezco su interés. En la nota pasada a la Santa Sede, por medio del Nuncio de S.S., se aclaran suficientemente las dudas que ha ofrecido; yo, por mi parte, me complazco en poderle anunciar que ni en la letra, ni en el espíritu, ni menos en su ejecución, hay ni habrá nada que pueda dar fundamento a sus temores. Se trata solo de un acuerdo más, entre los muchos que la Nación española ha concertado y habrá de concertar, que nunca consentiríamos pudiera rozar al respeto y fervor para la Santa Iglesia y al profundo sentimiento católico de nuestro país y su Gobierno” (doc. 3080).

Pío XII, dos días antes de su elección, le había hablado al cardenal Gomá con mucho interés de este asunto, “pudiendo oír de sus labios inmerecidos elogios del Escrito-exposición que dirigió al Generalísimo y al que se contesta en el documento que arriba se transcribe” (p. XIII).

La exposición de la que habla Franco era, en realidad, una extensa carta en la que el cardenal primado expuso las razones por las que a la Iglesia no le parecía oportuno un acuerdo que pretendía estrechar los vínculos espirituales y culturales y estimular el mutuo conocimiento de la cultura y de la vida espiritual de los dos pueblos.

Las razones de Gomá quedaron sintetizadas en estos tres puntos: “La Cruz gamada es hoy signo enemigo de la Cruz de Cristo, acaba de decirlo el Papa. La Iglesia no ha visto sin recelo el hecho de que se haya formulado un Convenio cultural con un Estado para el que, si como españoles debemos tener la gratitud máxima por el auxilio que nos ha prestado en circunstancias gravísimas, debemos tener gravísimas reservas en el orden de nuestras creencias. El Romano Pontífice, lo sabe Vuestra Excelencia, ha debido lamentar la firma del Convenio, como Papa y como amigo de España” (doc. 3022, adjunto 1).

“Hasta ahora el Convenio no ha sido ratificado y sería de desear muy vivamente que no lo fuera nunca. Desde luego lo veo muy difícil por las circunstancias en que nos encontramos, pero por otra parte nos consuela la sinceridad de los sentimientos católicos del Generalísimo, que de seguro no permitirá sufra detrimento la pureza de la doctrina católica”, dijo Cicognani a Gomá (doc. 3088). También al ministro de la Gobernación le produjo la misma inquietud y la misma preocupación que al nuncio, y dijo que procuraría que el texto del acuerdo fuera modificado para evitar que produjera los daños que el nuncio y los obispos presentían (doc. 3089).

Al grupo de prófugos de la Guerra Civil pertenecen el cardenal Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona, y el obispo de Vitoria, Mons. Mateo Múgica, que fueron las víctimas eclesiásticas más insignes de la represión política del Gobierno Nacional. Por ello, aunque algunos documentos pertenecen a los años 40, sin embargo, son fundamentales para entender cómo acabó la tragedia personal de ambos prelados. El cardenal Vidal deseó que Franco gobernara en España y le felicitó por la victoria militar, pero el Gobierno le prohibió regresar a su diócesis y por ello murió exiliado en Suiza. Se le acusaba de desarrollar actividad catalanista desde Italia. La campaña promovida contra el purpurado por algunos elementos extremistas era cosa ya vieja, pero se le reprochaba, en particular, no haber firmado la Carta colectiva del Episcopado Español (1 julio de 1937), así como el viaje de su vicario general, Salvador Rial, a Roma y París, y sus supuestas relaciones con el presidente del llamado Gobierno Vasco, Aguirre. El obispo Múgica, anciano y casi ciego, pudo regresar a su pueblo natal de Zarauz (Guipúzcoa), en 1945, gracias a las gestiones que hizo con el Gobierno el entonces obispo de Pamplona, Mons. Marcelino Olaechea Loizaga, s.d.b.

De significativa relevancia son las noticias que el volumen ofrece sobre el asesinato del obispo de Teruel, beato Anselmo Polanco. La mañana del 7 de febrero de 1939 fue conducido con otros 42 prisioneros hacia la frontera y, muy cerca del barranco Can Tretze (Pont de Molins, Gerona), fueron obligados a subir por el cauce seco del río Muga hasta el lugar donde fueron vilmente ejecutados. Todos los cadáveres fueron rociados con gasolina y quemados.

Los documentos publicados en este tomo son asimismo testimonios fehacientes del martirio del obispo de Barcelona, Mons. Manuel Irurita Almandoz, cuyo proceso de beatificación está siendo estudiado en la Congregación de las Causas de los Santos. Estas pruebas escritas desmienten diversas versiones sin fundamento alguno que negaban la muerte del prelado, cuando consta que fue ejecutado el 4 de diciembre de 1936. A este respecto, el canónigo Baucells despejó las dudas diciéndole al nuncio Cicognani, el 31 de enero de 1939: "Hechas varias investigaciones por personas muy serias, parece enteramente fuera de duda de que el Sr. Obispo ha fallecido, y que fue asesinado probablemente a los dos o tres días de haber sido hecho prisionero, o sea, a primeros de diciembre de 1936. Las razones de orden interno y las circunstancias de su detención, etc... son fatales y no dejan lugar a duda. Todo lo que se ha dicho de personas que lo habían visto, no parece que sea más que pura ilusión y hablaturías" (doc. 2980). Y en otra carta de la misma fecha declaró que "después de haber hecho durante tres días varias investigaciones sobre la suerte del Sr. Obispo, me creo en el deber de manifestarle que parece ya fuera de duda su fallecimiento" (doc. 2981). También el arcediano de Barcelona dio como cierta la muerte de Mons. Irurita (doc. 2982).

El 28 de marzo de 1939 el nuncio Valeri envió desde París al cardenal Maglione, secretario de Estado del nuevo Papa, Pío XII, elegido pocas semanas

antes, un breve despacho con el que le remitía, en paquete separado, la Cruz pectoral y el signum Crucis que habían pertenecido al obispo Irurita, “vittima dei rossi di Spagna”, según palabras textuales del representante pontificio. “Los dos venerados objetos –añadía Valeri– han sido enviados a este Cardenal Arzobispo [se refiere al arzobispo de París, cardenal Jean Verdier], con el ruego de hacerlos llegar al Santo Padre, por el señor Irujo, que fue Ministro de la República española, al cual le habían sido entregados por personas amigas del obispo fallecido” (doc. 3093). Maglione respondió el 5 de abril de 1939 diciendo que Pío XII había acogido “los preciosos recuerdos con viva satisfacción, y dispuesto que fueran celosamente custodiados” (doc. 3103). Este documento es suficiente para confirmar dos hechos fundamentales e indiscutibles, apenas terminada la guerra: que el obispo Irurita había sido asesinado por los republicanos y que su Cruz pectoral y el signum Crucis eran considerados como reliquias de un auténtico mártir de la fe.

Merece también la pena destacar los documentos que el volumen brinda sobre la figura del cardenal Francisco de Asís Vidal y Barraquer, arzobispo de Tarragona. Tres meses antes de que terminara la guerra, el citado purpurado sugirió a Pacelli que tal vez serían oportunas algunas medidas para apaciguar los ánimos y prevenir o evitar hechos que añadieran combustible al fuego. Y la primera de ellas consistía en que “la Santa Sede recomiende moderación y magnanimidad al Generalísimo y singularmente que por las autoridades civiles y militares de Cataluña no se haga caso de posibles denuncias apasionadas e infundadas contra sacerdotes y jóvenes de Acción Católica que con celo se han dedicado a practicar el bien mediante obras de beneficencia y caridad, lo que forzosamente les ha exigido contactos con personas que ejercían autoridad” (doc. 2903). Acogiendo esta sugerencia, Pacelli pidió al nuncio Cicognani que hiciera las gestiones posibles y oportunas ante las autoridades militares y civiles para que Franco fuera moderado y magnánimo, y para que no se repitieran los excesos cometidos en la región vasca, donde hubo que lamentar hechos tan execrables como las denuncias de sacerdotes y religiosos a las autoridades militares contra hermanos suyos en el sacerdocio (doc. 2961). Vidal deseó que fuera “superado por el fuego del verdadero amor cristiano y fraterno todo espíritu de odio, de venganza y de discordia” (doc. 3097). Respondiendo a la nota del embajador Yanguas, que le comunicó el último parte oficial de guerra, el cardenal Maglione le manifestó el deseo del Papa de que la reconstrucción material y moral de la nación se realizara en una atmósfera de amor y de perdón (doc. 3106).

Muy elocuentes fueron las palabras con las que el vicario general de Tarragona, Salvador Rial, comunicó al nuncio Cicognani que “las tropas nacionales han conquistado gloriosamente esta ciudad y Archidiócesis, colmando plenamente las ansias de estos probados fieles que tantas amarguras han sufrido durante largo período. ¡Lodo sea Dios que jamás abandona a los suyos y hace surgir libertadores de su pueblo!” (doc. 2932). Estas breves palabras resumen

mucho mejor que cualquier otro comentario cómo vivieron aquel momento cuantos habían sufrido persecución.

Su Santidad Pío XII, en el radiomensaje del 16 de abril de 1939, dirigido a los españoles, aludió a “aquellos otros, que como hijos pródigos tratan de volver a la casa del Padre”, y pidió que fueran “acogidos con benevolencia y amor”; a la vez que encomendó a los obispos la tarea de “aconsejar a los unos y a los otros, que en su política de pacificación todos sigan los principios inculcados por la Iglesia y proclamados con tanta nobleza por el Generalísimo: de justicia para el crimen y de benévola generosidad para con los equivocados”. El nuevo Papa manifestó asimismo “inmenso gozo... para expresaros Nuestra paterna congratulación por el don de la paz y de la victoria con que Dios se ha dignado coronar el heroísmo cristiano de vuestra fe y caridad, probado en tantos y tan generosos sufrimientos” (doc. 3112).

La síntesis más elocuente de la opinión que para la Iglesia merecían las víctimas de la persecución religiosa la hizo el nuevo pontífice en estos términos: “Y ahora, ante el recuerdo de las ruinas acumuladas en la Guerra Civil más sangrienta que recuerda la historia de los tiempos modernos, Nos con piadoso impulso inclinamos ante todo nuestra frente a la santa memoria de los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles de todas edades y condiciones que en tan elevado número han sellado con sangre su fe en Jesucristo y su amor a la Religión católica: maiorem hac dilectionem nemo habet, "no hay mayor prueba de amor" (Juan 15,13)” (doc. 3112).

Un mes más tarde del final de la contienda armada, Pío XII urgió al nuncio Cicognani para que iniciara cuanto antes las gestiones para cubrir las numerosas sedes vacantes (doc. 3114). Sin embargo, desde el primer momento resultaron muy complejas las dificultades puestas por el Gobierno y comunicadas al nuncio en la conversación mantenida con el ministro de Asuntos Exteriores a propósito del Concordato de 1851 y del privilegio de presentación (doc. complementario nº 1 del doc. 3114). El cardenal Maglione, nuevo secretario de Estado, comunicó la fórmula que la Santa Sede estaba dispuesta a adoptar, como concesión máxima, para la provisión de sedes episcopales vacantes en España (doc. complementario nº 2 del doc. 3114), y que en 1941 quedaría plasmada en el convenio sobre nombramientos episcopales.

Por último, y como complemento de la documentación publicada en el volumen VI, este tomo aporta la referida al nombramiento del nuncio Cicognani en junio de 1938 (doc. 3119), el detallado informe sobre la solemne ceremonia de presentación de sus cartas credenciales al Jefe del Estado (doc. 3122) y los discursos pronunciados por ambos (doc. 3120 y 3121).

Mons. Cárcel ha tenido el acierto de incluir en esta obra algunos valiosos apéndices. Se trata de la relación de sacerdotes, religiosos, seminaristas y laicos prófugos en Roma, las fichas personales de cada uno de dichos sacerdotes, la ayuda que les prestó el Comité establecido en el Pontificio Colegio Español, así

como de los diversos lugares en los que fueron acogidos. Son datos de un gran interés documental. En este sentido, el lector comprueba que fueron muchas las personas que huyeron a Francia y muchas otras las que consiguieron llegar hasta Italia y establecerse en Roma, donde fueron acogidas a través de un Comité creado por el papa Pío XI en el Pontificio Colegio Español de San José, que entonces tenía su sede en el Palazzo Altemps, de Via Sant'Apollinare, 8, muy cerca de la céntrica Piazza Navona. La persona encargada por el pontífice de dirigir y coordinar la atención a los refugiados españoles fue el sacerdote Operario Diocesano Carmelo Blay, valenciano de nacimiento, pero romano de adopción porque pasó gran parte de su vida en la Ciudad Eterna con el cargo de Agente de Preces.

También se publica la relación de condenados a muerte y detenidos políticos atendidos por Mons. Antoniutti, las intervenciones del Vaticano en favor de víctimas durante la Guerra Civil y las gestiones del mismo prelado en favor de niños vascos expatriados y víctimas de la guerra.

Siguiendo el método de los volúmenes anteriores, también este queda enormemente enriquecido con una amplia introducción y abundantes notas bibliográficas, así como con unos índices muy detallados, que facilitan la consulta de una obra que, sin duda, se volverá imprescindible para la comprensión del período que analiza, sabiendo que, para entender hechos pasados y ponderarlos correctamente, es preciso basarse en un cimiento documental, que refleje con esmero todas las circunstancias del momento, describa con rigor la mentalidad de los personajes que fueron sus protagonistas y descubra entresijos y razonamientos que entonces motivaron o respaldaron decisiones, acciones y reacciones.

En definitiva, Mons. Vicente Cárcel, publicando fondos documentales que habían permanecido inéditos hasta ahora, ha prestado un invaluable servicio a quienes deseen acercarse con equilibrio y sin manipulaciones a los dolorosos y complejos acontecimientos que signaron una etapa crucial del pasado siglo de la historia de España.

En efecto, la colección que culmina con este séptimo volumen libera al lector de sucumbir a una costumbre hoy, por desgracia, difundida y que conduce a aplicar a épocas pretéritas paradigmas y criterios actuales, condenando sin restricciones determinadas posiciones y figuras del pasado y salvando otras. Y esto no en función de la verdad de los hechos narrados, sino como fruto de visiones sesgadas o tendenciosas del que los analiza. Por esta causa, nunca podremos agradecer bastante la constancia, el rigor y la fidelidad con que Mons. Cárcel ha alumbrado este septenario de libros. Su trabajo ha consistido en dejar hablar a los protagonistas de lo sucedido en aquellos dos lustros de la pasada centuria, tan teñidos de sangre, de fe, de ardor y de vehemencia. Esto permite al lector dialogar con la historia tal como acaeció, apoyado en un sólido fundamento, que son los documentos que la contienen y relatan, sin dejarse fascinar por quimeras y abstracciones ideológicas.

La excepcional obra de Cárcel, facilitando la consulta de un cúmulo enorme de escritos, logra deshacer entuertos, despejar malentendidos, poner al descubierto falacias y proyectar luz sobre una etapa histórica cubierta de claroscuros y hoy en día muy citada por periodistas y forjadores de opinión. A menudo, esos complejos años son objeto de disputas encendidas y virulentos enfrentamientos que responden en un mayor grado a prejuicios que a verdades. Y es que formular juicios históricos sin contar con los archivos es la forma de realizar diagnósticos históricos anodinos, lamentablemente hoy tan recurrentes y tan colmados de tópicos manidos y apresurados.

Apreciemos como don de la Providencia este amplio acervo documental. Considerémoslo asimismo como una provechosa herramienta de estudio. Los lectores de la hora presente y de la venidera se servirán de este copioso arsenal de datos para zanjar estériles discusiones. La serenidad es hija de la verdad, y los documentos aportan serenidad porque desnudan verdades, permiten tender puentes porque brindan respuestas, se convierten en terreno fértil porque desdeñan conjeturas. Por este motivo estos siete volúmenes son altamente recomendables para quienes deseen comprender aquella época tal como fue, prescindiendo de tergiversaciones, y no tal como algunos, alimentados por delirios embaucadores, quisieran que fuera.

Fernando Chica Arellano

PULIDO SERRANO, J.I. – CHILDERS, W. (coord.), *La Inquisición vista desde abajo. Testificaciones de gente corriente ante el Santo Oficio*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid 2020, 340 p.

Si hay algo que hace atractivo para los historiadores el tema de la Inquisición española es el afán, por parte de todos los que intervinieron en su origen y desarrollo, en la conversión a la verdadera fe de los acusados de herejía de modo que obtuvieran la gracia de alcanzar la eterna salvación. Conscientes de que serían juzgados por la historia guardaron todos los papeles.

Deseamos reseñar ahora el trabajo coordinado por los profesores Juan Ignacio Pulido, de la Universidad de Alcalá y William Childers del Brooklyn College, que han rastreado en los archivos del tribunal de la Inquisición en Madrid, Évora y Cuenca en el siglo XVII, para detenerse en documentos que han permanecido inéditos y que según nos dicen: “Son testimonios, delaciones y deposiciones realizadas por gente diversa que no cobraron relevancia suficiente para iniciar con ellas un proceso de fe contra un reo particular” (p. 15).

En la documentación magníficamente transcrita y ambientada, destaca la primacía del valor de la fe y de su integridad para alcanzar la salvación. En muchos casos, son los propios interfectos los que acuden al Tribunal para auto delatarse (p. 23-24) o para narrar por extenso y en primera persona los hechos que

han acaecido haciendo manifestación pública de su fe católica y sometimiento a la autoridad eclesiástica (p. 43).

Es interesante la ausencia de miedo entre los cristianos corrientes ante el Tribunal de la Inquisición, es más, en muchos casos los vecinos acuden con toda naturalidad al tribunal de la Inquisición, tanto para defender la propia fe, como para denunciar o sospechar si alguna cuestión pudiera ser relevante en las vidas de los vecinos que pudiera tener referencia a la herejía o a la defensa del buen nombre (p. 27). Asimismo, hay que resaltar la precisión en las informaciones, nombres de posibles testigos y, por supuesto, el deseo expreso de ser lo más objetivos precisos (p. 49).

Especialmente interesante es el capítulo tercero donde el profesor William P. Childers estudia el informe preparado por los visitadores para el tribunal de la Inquisición de Cuenca después de la visita girada por el tribunal a la ciudad de Priego en 1588 (p. 161-232). Es muy fácil comprobar cómo aquellas visitas, edictos de gracia, etc., con los años terminaron por asimilarse a las misiones populares, es decir, tiempo de gracia, de conversión, de formación cristiana y, por tanto, de aplicación de la doctrina renovada en la llamada Reforma católica que surgió con la aplicación del concilio de Trento (p. 162).

Finalmente, en la cuarta parte del trabajo, el profesor Marco Antonio Nunes da Silva de la Universidad Federal de Reconcavo da Bahía realiza un interesante trabajo sobre las complicadas relaciones de la Inquisición con las autoridades universitarias de Évora y de Coímbra, donde tradicionalmente, había habido enfrentamientos entre las autoridades académicas con el resto de autoridades, incluidas las inquisitoriales, por mantener la libertad y los privilegios adquiridos como corporación (p. 245-313). En suma, un trabajo de gran interés, no solo por la significativa documentación aportada, sino también por las líneas de trabajo que abre.

José Carlos Martín de la Hoz